

DIOS COMPARTIDO

La Comunidad Agustiniana como ámbito de vida

INTRODUCCIÓN

¡Cuántas veces nos lamentamos de la sociedad, de la poca incidencia de la palabra de Dios, de las comunidades cristianas que no dan un testimonio ejemplar, de sacerdotes que no son como debieran ser, de laicos que no viven como verdaderos cristianos! Y probablemente continuamos preguntándonos cómo la Palabra de Dios no ha cambiado, después de dos mil años, el corazón de las naciones, no ha abolido las guerras, la crueldad, las violencias, las injusticias. Más aún, mirándonos a nosotros mismo, nos preguntamos por el creciente individualismo en nuestras comunidades, por la insatisfacción y la soledad, por el recurso a la crítica destructiva, por la falta de atractivo vocacional, por la falta de significado en un mundo que se aleja de Dios. ¿Por qué arrastramos estos problemas? ¿Por qué nuestro lamento no encuentra solución? ¿Por qué constatamos la realidad, pero nos resulta tan difícil renovarnos? ¿Por qué la Palabra de Dios no nos cambia?

A veces soñamos despiertos. Deseamos, como les ocurría a muchos judíos del tiempo de Jesús, con un cambio impuesto desde arriba, con un Mesías triunfante que instaura su Reino a golpe de milagro. Imaginamos una realidad que cambia por arte de magia. Esta visión, de la cual quizá nos dejemos llevar todavía, no es una visión justa del Reino. Efectivamente, el Reino de Dios es una realidad conflictiva, combatida, en la que conviven continuamente el bien y el mal, la luz y las tinieblas, la alegría y la murmuración, la exultación y la depresión más amarga. Pero éste es el Reino de Dios que se desarrolla en la tierra, y quien no lo recibe así se equivoca, se abandona a sueños. Por ahora el Reino es esto, aquí está el Mesías. Un día él vendrá de nuevo y atará la cizaña en gavillas para quemarla; pero eso será un día, no ahora.

San Agustín comenta frecuentemente esta parábola, mejor aún, se refiere a ella para defenderse de la acusación de algunos celosos que denunciaban a la comunidad de Hipona como poco fervorosa.

En aquel tiempo el razonamiento era particularmente actual porque la religión cristiana, acabadas las persecuciones, era no sólo tolerada, sino más aún, protegida. La gente creía conveniente bautizarse y precisamente por esto Ambrosio instituyó un riguroso catecumenado. Es decir, comenzaban las dificultades de una Iglesia de masas, que no reúne solamente a los pocos puros que tienen el coraje de afrontar la muerte y la persecución, sino a otra mucha gente; así, junto a los maduros en la fe, estaban los débiles, los más desprovistos; junto a los entusiastas y a los celosos estaban también los tibios, los lentos.

Aquí surge evidente el carácter de proceso de nuestra vida cristiana y de nuestra vida religiosa. En efecto, ante todo debemos asumir la fragilidad propia y ajena. No estamos en el cielo (no debemos caer en el “angelismo”, destructivo porque llena de desaliento) sino caminando en el tiempo con una existencia humana y limitada. Tampoco debemos caer en el

“fatalismo”, de quienes tienen una visión estática y fija de la realidad (piensan y actúan como si todo estuviera ya predeterminado y fuera imposible cualquier modificación). Todo proceso admite el cambio y somos responsables de nuestra historia y de nuestro futuro. No estamos a merced de fuerzas que nos determinan: somos protagonistas de nuestro propio destino, tanto personalmente como comunidad. Esto nos lleva la propia responsabilidad, que pasa por la coherencia. No se puede ser cristiano sin conocer a Cristo, sin unirse a Cristo, sin ser Cristo. Si el discurso y si las ideas van por un lado y la vida concreta por otro, algo no funciona. Revisemos los fundamentos de nuestra vida. Ser agustino es un modo de ser cristiano, de seguir a Cristo: no es un seguro de vida, ni una profesión. No se trata tanto de hacer, sino de ser. Sólo evangeliza el que lleva la Buena Noticia en su corazón y en su alma, no el que multiplica actividades. Por eso podemos afirmar que la fuente de todo apostolado está en el cuidado de la vida interior, que se nutre especialmente en la oración y en la Eucaristía.

La Encíclica *Deus caritas est* hace referencia a la beata Teresa de Calcuta, cuya vida se nutrió siempre de oración contemplativa y de adoración eucarística. “La beata Teresa de Calcuta es un ejemplo evidente de que el tiempo dedicado a Dios en la oración no sólo deja de ser un obstáculo para la eficacia y la dedicación al amor al prójimo, sino que es en realidad una fuente inagotable para ello” (DCE 36).

Benedicto XVI hace una apología verdadera y propia de la oración como fuente del apostolado. De alguna manera, podríamos decir que el amor que Dios da y que se vuelca en nuestros corazones en los momentos de contemplación se convierte en motor del amor apostólico. Con frecuencia el Papa hace referencia al texto de Juan 15,5 “separados de mí no podéis hacer nada” y escribe: “Ha llegado el momento de reafirmar la importancia de la oración ante el activismo y el secularismo de muchos cristianos comprometidos en el servicio caritativo. Obviamente, el cristiano que reza no pretende cambiar los planes de Dios o corregir lo que Dios ha previsto. Busca más bien el encuentro con el Padre de Jesucristo, pidiendo que esté presente, con el consuelo de su Espíritu, en él y en su trabajo” (DCE 37).

Esta reflexión se divide en dos partes: En la primera, titulada “Tres tiempos para una experiencia”, intentaremos manifestar el itinerario que solemos seguir en nuestra experiencia comunitaria. En la segunda, titulada “Sed uno para que el mundo crea”, mostraremos las condiciones que hacen que una comunidad esté viva.

1. TRES TIEMPOS PARA UNA EXPERIENCIA

1.1. “Hagamos tres tiendas” (La comunidad como espacio de gratificación)

Al comienzo de la vida religiosa (es decir, en las etapas de formación inicial que siguen al noviciado), la experiencia comunitaria suele resultar gratificante para los jóvenes religiosos. Esto no significa que no existan problemas particulares de diverso género sino que se vive la experiencia comunitaria de una manera bastante idealista, protegida y reglamentada. Veamos algunos detalles.

Los primeros años de vida religiosa transcurren en las comunidades formativas. Una comunidad formativa está constituida, en su mayor parte, por personas de una edad semejante, con una ocupación semejante y con unos intereses semejantes. La simetría caracteriza el esquema relacional. Hay otras personas (los formadores), que rompen el esquema simétrico, pero su papel no suele alterar de manera significativa la impresión de que se forma un grupo

homogéneo. Las necesidades materiales están cubiertas. No existen responsabilidades que vayan mucho más allá de las que guardan relación con el propio crecimiento. El discurrir comunitario está regulado hasta en sus mínimos detalles, incluidas las posibilidades de ocio y expansión. Salvo episodios críticos, el cansancio provocado por el paso de los años y la escasa renovación de las personas, la tónica general suele ser de satisfacción.

Algo parecido sucede al comienzo de la marcha de una comunidad en otras etapas de la vida. Todo comienzo comunitario suele estar marcado por la expectativa de lograr lo que no se ha logrado en experiencias anteriores.

1.2. “¿También vosotros queréis marcharos?” (La comunidad como espacio de frustración)

El paso de las comunidades formativas a las comunidades ordinarias de una provincia religiosa suele vivirse con ilusión y esperanza. A todos nos gusta terminar los períodos de iniciación. Pero, tarde o temprano, aparecen los primeros síntomas de desajuste. Se pasa bruscamente de relaciones simétricas a relaciones marcadamente asimétricas provocadas por la diferencia de edad, de roles laborales, de experiencia provincial,...., etc..

Aumenta la proyección exterior (con nuevas relaciones propiciadas por los estudios o el trabajo pastoral) y se comienzan las primeras responsabilidades intra y extracomunitarias (economía, clases, grupos de todo tipo, etc.). Hacia fuera, el trabajo pastoral revela a veces contradicciones entre lo aprendido en los años de formación y lo que las personas piensan, sienten y demandan. Aquellos a quienes se dirigen la acción pastoral cuestionan soluciones ofrecidas y se advierte la ineficacia de las “recetas” y las fórmulas preestablecidas. Hacia dentro, se percibe con realismo lo mejor y lo peor de los hermanos de comunidad. Hay cosas que inicialmente llaman la atención porque se apartan de lo vivido en la comunidad formativa, pero la mayoría se ajusta en seguida a ellas. Me refiero a cuatro elementos que son sintomáticos:

- el progresivo desenganche del ritmo ordinario de la comunidad (oración, comidas, recreación),
- la tendencia a trabajar de manera individualista y algo autoritaria en la parcela pastoral encomendada,
- la excesiva autonomía en el uso del dinero, de los medios materiales y en la distribución individualista del propio tiempo,
- y, finalmente, la sensación de soledad con la consiguiente búsqueda de relaciones extracomunitarias o de otras fórmulas compensatorias.

Esto, naturalmente, no sucede siempre y en todos. Se trata de ciertos indicadores críticos (a veces vividos sólo como tentaciones), que nos dan a entender que la persona ha entrado en un nuevo modelo de experiencia comunitaria. La ocasión es crítica porque esta etapa puede constituir el principio de un desmoronamiento personal o, por el contrario, el crisol para una experiencia madura de vida comunitaria.

Cuando un religioso se siente frustrado en su “sueño de comunidad” es posible descubrir las raíces que hacen profética a una comunidad o, por el contrario, se puede caer en lo que algunos han llamado el “síndrome de emigración exterior”:

“Después de muchos intentos de formar una comunidad que sea, por una parte, lugar de encuentro y acogida de libertades, espacio de plegaria y de fiesta, y, por otra, lugar donde entra el mundo de Dios y donde se discernen las respuestas apostólicas a ese mundo, y después de haberlo intentado infructuosamente o con unos resultados apenas perceptibles, mucha gente parece haber llegado a la conclusión de que la comunidad no tiene remedio y de que es preferible buscar la salvación personal y apostólica al margen de ella. Se vive en ella, pero no se espera ya nada de ella”.

Comprendo que son palabras duras, pero -por desgracia- expresan bien lo que a veces uno puede experimentar. Cuando no se espera ya nada de la realidad en la que vives, la muerte te ha comido el terreno. A partir de ahí toda forma de esterilidad y tristeza es posible, incluida la que conduce al abandono de la comunidad: “¿También vosotras queréis marcharos?”.

De entrada, cuando se dan algunos de estos síntomas, es casi inevitable una sensación de frustración. Uno puede sentir, incluso, que ha sido timado. En la comunidad formativa se insistía en que la oración es un eje fundamental. Ahora se comprueba que algunas no viven esto con intensidad. Antes se daba importancia al discernimiento en común, al trabajo en equipo. Ahora se puede comprobar que las reuniones comunitarias son muy formalistas y que se da un reparto del trabajo y una ausencia de coimplicación. En las comunidades formativas se suele vivir con austeridad. Ahora se comprueba, por ejemplo, que algunos religiosos tienen algunos ingresos de dinero que les permiten afrontar gastos personales sin pasar por la caja común. Todo esto produce una desazón y una pregunta de fondo, que va más allá de los juicios morales: ¿Creemos o no creemos en el vigor de la comunidad? ¿Vivimos en la verdad o vivimos en la mentira? ¿Merece la pena seguir intentándolo? Esta desazón es perfectamente compatible con momentos agradables en los cuales una se siente a gusto viviendo en común.

1.3. “¿Me amas más que estos?” (La comunidad como espacio de perdón y de fiesta)

Dietrich Bonhoeffer, en su famoso libro *Vida en comunidad*, lo expresa muy claramente: “Quien ama a su sueño de la comunidad más que a la misma comunidad la destruye”.

Efectivamente, el sueño de la comunidad ideal, la prolongación de una imagen idealizada, es el primer enemigo para vivir la comunidad real. El segundo enemigo es el derrotismo, la impresión de que ya hemos probado todo y no hay mucho margen para el cambio. González Vallés, un jesuita español que ha pasado casi toda su vida en la India, cuenta en uno de sus libros que una vez le dijo un provincial jesuita: “Si quieres afecto en la Compañía, cómprate un perro”. ¿Cómo situarse en ese punto justo, a medio camino entre el ideal imposible y el cínico desdén? ¿Cómo superar la frustración?

Encuentro un principio de respuesta en el precioso relato del encuentro de Jesús y Pedro después de la resurrección, tal como lo narra el cuarto evangelio (cf Jn 21,15-18). Tras la traición, la pregunta que Jesús formula a Pedro no es: ¿Estás en condiciones de no volver a fallar? ¿Has superado ya tu idealismo adolescente? ¿Qué terapias de recuperación vas a hacer? ¿Qué resultados crees que puedes obtener en el futuro? No. La pregunta de Jesús es más simple y certera. Desplaza el acento de la conducta a las actitudes, de la gestión de los asuntos a la relación con las personas: ¿Me amas? He aquí lo que puede convertir una experiencia de frustración en una experiencia profética: el amor. Quien descubre -porque se

trata de un verdadero descubrimiento- que la comunidad se fundamenta en el amor y quien aprende a vivir este amor desde el perdón puede disfrutar de la comunidad como un “lugar de fiesta”, (J. Vanier) o como una “parábola de reconciliación” (R. Schütz, prior de Taizé).

Quisiera expresarlo con las palabras del documento *La vida fraterna en comunidad* que de una manera profunda y realista ha tratado estos asuntos: “Cristo da a la persona dos certezas fundamentales: la de ser amada infinitamente y la de poder amar sin límites...En virtud de este amor, nace la comunidad como un conjunto de personas libres y liberadas por la cruz de Cristo” (VFC 22). Y añade: “Una vida común fraterna y compartida ejerce un natural encanto sobre los jóvenes, pero perseverar después en las reales condiciones de vida se puede convertir en una pesada carga. Por ello la formación inicial ha de llevar también a una toma de conciencia de los sacrificios que exige vivir en comunidad y a una aceptación de los mismos en orden a vivir una relación gozosa y verdaderamente fraterna” (VFC 24).

Cuando la vida comunitaria se plantea desde el amor -y no desde la gratificación, el idealismo o el pragmatismo- entonces la comunidad, por pobre y limitada que sea, se convierte en un espacio de perdón y de fiesta, en un verdadero signo profético, en un destello de Dios para que el mundo crea.

Me parece que después de este viaje hemos recibido una primera luz: la vida comunitaria auténtica es siempre una tentación vencida, un egoísmo superado, una frustración sanada. Estamos ahora en condiciones de descubrir su significado profético.

2. “Sed uno para que el mundo crea”

A menudo solemos referirnos a estas palabras de Jesús contenidas en el evangelio de Juan: “Sed uno para que el mundo crea” para expresar el significado profético de la comunidad religiosa en el mundo de hoy. El documento VFC comenta así este versículo:

“Al mismo tiempo que el Señor envía a sus discípulos a predicar el Evangelio a toda criatura, los llama a vivir unidos para que el mundo crea que Jesús es el enviado del Padre, al que se debe prestar la plena adhesión de la fe. El signo de la fraternidad es, por lo mismo, sumamente importante, porque es el signo que demuestra el origen divino del mensaje cristiano y posee la fuerza para abrir los corazones a la fe. Por eso toda la fecundidad de la vida religiosa depende de la calidad de la vida fraterna en común” (VFC 54).

Reconozco que estas últimas palabras (“toda la fecundidad de la vida religiosa depende de la calidad de la vida fraterna en común”) me entusiasman y me hacen temblar. Suscitan también una inquietud: ¿cómo sabemos que existe calidad de vida comunitaria y, por lo tanto, vigor profético? Lo podríamos decir de una manera simple: cuando caminamos (es, por lo tanto, una realidad dinámica) desde el Otro, con los otros, hacia el otro excluido.

El movimiento misionero moderno está marcado, con frecuencia, por el trágico divorcio entre contemplación y misión. Se ha dicho, tal vez sea una broma, que los misioneros hemos pedido a los contemplativos que cumplieran con la oración por nosotros, mientras nosotros nos dedicábamos, en cuerpo y en alma, a predicar el Evangelio, construir la Iglesia, trabajar en la promoción humana. Quizás hemos olvidado algo esencial y nunca suficientemente recordado: la oración es una dimensión intrínseca, no extrínseca, a la misión. Sólo en una contemplación orante, los cristianos podemos concordar con el plan de Dios.

Fuera de la oración, corremos el riesgo de volvernos propagadores de un Evangelio que no es el de Cristo, “bautizadores” de un Reino que no tiene nada que ver con el Reino de Dios. Seremos “profesionales” de nuestras propias actividades, pero no testigos de Cristo ni comunicadores de esperanza. El designio evangelizador de Dios no puede obtenerse sino a partir de una escucha profunda del espíritu que sondea la profundidad y conoce las vías de Dios. Es urgente que todos revisemos la unidad que debe darse entre contemplación y acción apostólica, unidad que fue uno de los rasgos distintivos en la espiritualidad de las Ordenes mendicantes.

Sed uno para que el mundo crea. Exploremos estos caminos:

2.1. Caminar desde el Otro

Hay grupos humanos que presentan un buen nivel de camaradería: las pandillas juveniles, algunos equipos de trabajo, muchos núcleos familiares. En ellos se está bien y se hace el bien. Dominan las relaciones simétricas, la convergencia de objetivos y un vocabulario común. Poseen un valor estimulante y, sin embargo, no los consideramos, sin más, evangélicos. No hay profecía sin una referencia a Dios. Los profetas son siempre personas seducidas por Dios, apasionadas por Él y su Alianza. Ven la realidad histórica con los ojos de Dios, sienten con su corazón y proclaman un mensaje de renovación con la autoridad de su Palabra. Si la vida religiosa, si nosotros religiosos, perdemos el carácter profético (con sus dimensiones de denuncia y de anuncio, con su carácter cuestionador, con su ofrecimiento de esperanza y de luz), no tenemos razón de ser.

Y podemos preguntarnos: ¿puede ser evangélica una comunidad religiosa (o puede ser evangélico un religioso) cuando no se alimenta de una experiencia de encuentro con Él, de una acogida de su Palabra? Sin estremecimiento ante el misterio de Dios que nos ha convocado no hay posibilidad de profecía:

“La vida fraterna quiere reflejar la hondura y la riqueza de este misterio, configurándose como espacio humano habitado por la Trinidad, la cual derrama así en la historia los dones de la comunión que son propios de las tres Personas divinas” (*Vita Consecrata*, 41).

En tiempos en los que se habla demasiado de Dios puede que haya silencios que sean proféticos, que ayuden a no manipular su nombre. Pero los nuestros se caracterizan, más bien, por la despreocupación y la apatía. Nuestro peligro hoy no es tanto el ritualismo de años pasados cuanto una religiosidad demasiado implícita, poco afectiva, con escasa pasión. El profeta es un apasionado de Dios, no un funcionario de los asuntos religiosos. Es un amigo, no un vicario.

La comunidad que no se basa en una experiencia compartida de Dios no encuentra razones para afrontar en su raíz los problemas cotidianos y no ofrece ninguna alternativa creíble a los diversos problemas y necesidades que existen en nuestro mundo.

San Agustín tiene claro que la oración o es interior o no es oración. “Es un grito que se eleva del corazón al Señor. Pero si ese grito consiste en un rumor de la voz, sin que el corazón de quien ora se dirija a Dios, no hay duda que es perder el tiempo. Si en cambio, se grita con el corazón, aunque la voz del cuerpo permanezca en silencio, el grito, imperceptible para el hombre, será oído por el Señor. Por lo tanto, al orar podemos gritar a Dios o bien con la voz

exterior (cuando lo requieran las circunstancias) o, incluso, permanecer en silencio, siempre que, cuando oremos, gritemos con el corazón” (*Comentarios a los Salmos* 118, 29, 1).

Los salmos y el Padrenuestro son las Oraciones preferidas por san Agustín. Como oración de los hijos de Dios, el Padrenuestro es la expresión más clara de la espiritualidad cristiana. Plegaria filial y fraternal que exige la aceptación de la voluntad de Dios por encima de nuestros proyectos, el ejercicio del perdón, el compromiso con el Reino y el reconocimiento de nuestra fragilidad que se manifiesta en la tentación.

2.2. Caminar con los otros

2.2.1. El perdón

Pensando en la imagen de un pueblo en marcha. Me hace pensar en Jesús y su círculo de discípulos de que podemos aprender mucho en su camino “hacia Jerusalén”). Vamos a recorrer este itinerario porque se descubre en profundidad lo que implica caminar con los otros en una constante dinámica de perdón.

¡El perdón! He aquí la clave más realista y cristiana, a medio camino entre el idealismo (que no tolera la debilidad) y el derrotismo (que renuncia cínicamente a todo ideal). Ser perdonados y aprender a perdonar. Estas son las formas concretas a través de las cuales nosotros, que somos pecadores, expresamos el amor.

Henri J. Nouwen, en un librito titulado *En el nombre de Jesús*, explica muy bien por qué es necesario aprender a perdonar, a ser más vulnerables, a no tener miedo a descubrir nuestras limitaciones, a ser compasivos con los que viven con nosotros. En este contexto habla explícitamente del sacramento de la reconciliación: “Este sacramento se ha convertido con frecuencia en un medio de ocultar a nuestra comunidad nuestra propia vulnerabilidad. Se hace mención de los pecados, se pronuncian las palabras rituales del perdón, pero rara vez se da el auténtico encuentro en el que se experimenta la presencia de Jesús que reconcilia y que cura”.

Por eso -añade- no es extraño que a veces la soledad nos corroa o que experimentemos una gran necesidad de afecto y de intimidad. Podemos pensar esto despacio porque tenemos necesidad de redescubrir el sacramento que Jesús nos ha regalado para el camino. Una comunidad que celebra poco o nada la reconciliación es difícil que pueda ser profética.

Un pueblo en marcha se sienta en torno a la mesa a celebrar. “La Eucaristía nos adentra en el acto oblativo de Jesús... nos implicamos en la dinámica de su entrega” (DCE, 13). Vivamos, pues, la Cuaresma como un tiempo ‘eucarístico’, en el que, aceptando el amor de Jesús, aprendamos a difundirlo a nuestro alrededor con cada gesto y palabra. De ese modo contemplar “al que traspasaron” nos llevará a abrir el corazón a los demás reconociendo las heridas infligidas a la dignidad del ser humano; nos llevará, particularmente, a luchar contra toda forma de desprecio de la vida y de explotación de la persona y a aliviar los dramas de la soledad y del abandono de muchas personas. Que la Cuaresma sea para todos los cristianos una experiencia renovada del amor de Dios que se nos ha dado en Cristo, amor que por nuestra parte cada día debemos “volver a dar” al prójimo, especialmente al que sufre y al necesitado (Benedicto XVI, *Mensaje de Cuaresma* 2007).

2.2.2. La fuente de vida en nuestro interior

Para cultivar la dimensión orante y, en general, la vida interior, debemos cuidar los medios que tenemos a disposición. Medios imprescindibles que constituyen el alimento de la vida cristiana y, por tanto, de la vida religiosa y en los que se sustentan la comunidad y el apostolado.

A. La Palabra y la Eucaristía.

a) De ella vive también la comunidad religiosa.

- Sobre todo a través de la liturgia y del oficio divino, aunque no siempre lo consideremos así. Las palabras de la Escritura -Antiguo Testamento, Salmos, Nuevo Testamento-, que repetimos, cantamos, escuchamos humildemente, son como una lluvia que penetra, un rocío que riega alimentándonos día a día. Porque es palabra de Dios, presencia de Dios, comunicación de Dios.

b) La Eucaristía renueva cada día, hace vivir cada día a la comunidad, nutriéndola y reconstituyéndola. Es la imprescindible fuente de vida dentro de la casa.

El Cardenal Martini escribía en su carta pastoral *Atraeré a todos a mí* (1983): «poner la Eucaristía en el centro, quiere decir reconocer esta fuerza configuradora de la Eucaristía, disponerse a dejarla actuar en nosotros no sólo como individuos, sino como comunidad, y aceptar las condiciones y las implicaciones de este evento único y revolucionario que es la Pascua inmersa en el tiempo del hombre» (cf. n. 8)

B. La caridad fraterna.

Quisiera ahora reflexionar con cierta libertad, a partir de una pregunta: ¿cuál es el fruto de la Eucaristía?

A mí me parece que el fruto específico, indicando por el mismo símbolo sacramental, es el de llegar a ser una sola cosa con Jesús -se come su cuerpo y se bebe su sangre- y una sola cosa entre nosotros que nos alimentamos de la misma comida. Por tanto, la caridad fraterna.

¿Qué es, pues, la caridad fraterna?

El gran misterio que encierra la caridad fruto de la Eucaristía, nos es algo desvelado por el mismo Pablo: «La caridad es paciente, es servicial; la caridad no es envidiosa, no es jactanciosa, no se engríe; es decorosa; no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta» (1 Co 13,4-7).

Por eso la Eucaristía es imprescindible para crecer en el itinerario heroico de la caridad.

2.3 Caminar hacia el otro

Es posible que casi nunca nos planteamos la pregunta: ¿qué es buscar a Dios? Interesante pregunta para orientar la vida de cada uno. Y la respuesta es muy sencilla: es MIRAR a CRISTO. Toda la experiencia evangélica: curar a los enfermos, comprender a los que caen, consolar a los afligidos, compartir lo que somos y tenemos con los que no tienen y ni siquiera lo son, elegir el último puesto pudiendo tener el primero, tener el corazón lleno de paz y limpios los ojos... La verdad es amar al otro como nos amamos nosotros mismos,

arrancar de nosotros la avaricia, la lujuria, la soberbia. La verdad es la sencillez, que no vulgaridad; la rectitud de intención, la firmeza sin imposición.

Una comunidad evangélica es la que no se olvida del nombre de sus vecinos, de la gente entre la que vive, la que siempre está en éxtasis. Me parece que en un mundo en el que nadie quiere saber nada de nadie, en el que cada uno va a lo suyo (y muy deprisa, por cierto), adquiere relieve la vida de unas personas que se adelantan a buscar a otras, que no se limitan a esperar sentadas sino que se ponen en camino.

Las perspectivas que se nos abren son inmensas. De hecho, estamos ya viviendo muchos encuentros en el camino de la vida. En nuestras comunidades hallan acogida hombres y mujeres a los que su separación matrimonial ha dejado heridos, personas desajustadas que son echados de otros lugares, mendigos que encuentran un buen puesto para pedir, jóvenes necesitados que piden algún tipo de acompañamiento, ancianos que agradecen una visita en su casa. ¿No os parece que contamos “con ejemplos suficientes para saber lo que queremos decir con eso de “caminar hacia el otro”? Estamos hablando de gestos posibles, no de sueños irrealizables.

Comprendo que este camino tiene sus riesgos. Y comprendo que a muchos les produzca miedo. ¡Estamos tan acostumbrados a vivir de puertas adentro, con nuestros horarios, nuestros espacios acotados, nuestra tranquilidad! Y, sin embargo, ¿qué sentido tendría una comunidad evangélica que se replegara sobre sí misma o se contentara con estar con los de siempre? Se requiere mucha audacia.

En cualquier caso, el criterio que mide si esta salida hacia el otro es evangélica o puramente evasiva es siempre la conexión con los dos pasos anteriores. Hay que salir más, pero no sólo a los lugares que nos gratifican sino a los lugares donde hay gente que sufre y necesita una palabra de consuelo, una buena noticia. Estas son las “salidas” que tenemos que poner de moda, las que dan cada vez más sentido a nuestra vocación religiosa.

2.4 Caminar hacia la interioridad

Para Agustín el corazón del hombre es el hombre mismo, su interioridad, su conciencia, su voluntad, su inteligencia, su libertad, aquello que más nos califica como humanos. En el corazón cada uno es lo que es. Es la sede de los sentimientos, del amor que determina la elevación o el abajamiento, porque el hombre vale por aquello que ama (*Confesiones* 13, 9,10).

La persona sólo inicia su camino hacia Dios porque, desde el primer momento, Dios está en el fondo de su ser atrayéndola hacia su propio misterio. Él es quien llama, más allá de nuestros méritos o de nuestras cualidades. Es un ejercicio de la libertad y la gratuidad de su amor, porque es la presencia amorosa de Dios la que origina la llamada y sostiene la respuesta. Buscamos a Dios a tientas, pero Él no está lejos de ninguno de nosotros, pues en Él vivimos, nos movemos y existimos (*Hechos* 17, 27-28). Sin la gracia de Dios nadie podrá buscarle. Sin su presencia, percibida oscuramente en el fondo de la conciencia, nadie puede dar paso alguno hacia Él: A Jesús no se llega verdaderamente más que por la fe, a través de un camino cuyas etapas nos presenta el Evangelio en la bien conocida escena de Cesarea (*Juan Pablo II, Novo millennio ineunte* 19).

La verdadera interioridad tiene su cuna en el deseo hondo de la persona, que es en donde nace la confianza esencial, la auténtica estima de lo que es válido siempre, la aceptación confiada de lo bueno y de lo hermoso de la vida. Y, para ello, hace falta tener en cuenta algunos aspectos:

- La entrada en esos espacios de la vida que dedicamos a la oración, la celebración de los sacramentos ... porque venimos cansados, despistados; el ritmo de nuestra acogida necesita tiempo, toma de conciencia con la Persona con la que me vaya relacionar: un lenguaje de vida, el lenguaje del Hijo de Dios que me sitúa en la condición de caer en la cuenta de cuáles y cómo son las cosas de Dios, ese Dios que pasa siempre por mi vida ...
- La gratuidad de esta realidad personal. Es más importante lo que debe decirnos Él que lo que decimos nosotros. Él tiene que liarnos y comprometernos. Prolongar la sensación de discípulos, dejarse remodelar, ser alumnos que se dejan formar en el corazón. Si Dios entra en mí, algo tiene que moverse dentro. ¿Será que somos muy habladores como creyentes y poco escuchadores?
- Estar atentos a resultar, voluntariamente, más implicados con Dios después de una relación experiencial con Él, en sus cosas: ¿no sabéis que lo mío son las cosas de mi Padre? (Lc 2,49). Y es que toda relación personal con Dios se vuelve misionera. Él tiene voluntad salvadora, la hace sensible a sus cosas. Lo manifiesta expresivamente en el sacramento de la Reconciliación. ¡Ojalá aprendiéramos a ser más flexibles en los juicios y en las palabras, lejos de la actitud judicial que tantas veces mostramos en nuestros comportamientos!
- Abrir el campo de la experiencia de Dios: abrir nuestro horizonte como personas y como vida ya que la experiencia no tiene cabida sólo en los espacios conocidos (textos sagrados), sino que Dios se relaciona también con el hombre en todas sus cosas: una historia, la nuestra, que debe interpretarse desde Cristo. Esta es la clave. Esta historia es una fuente inmensa de la experiencia de Dios. Por otro lado, toda mi vida se convierte en una fuente auténtica de conocimiento de Dios y de su experiencia, al estilo de María: conservaba todas estas cosas en su corazón (Lc 2, 51).

CONCLUSIÓN (Tres actitudes de conversión cuaresmal)

1. La conversión interior

La característica fundamental, que subrayan las palabras del profeta Joel 2, 12-18 (...”Desgarrad vuestro corazón y no vuestros vestidos, volved a Yahveh vuestro Dios, porque el es clemente y compasivo, tardo a la cólera, rico en amor, y se ablanda anta la desgracia”...), es la interioridad: la conversión cristiana es conversión interior.

Se trata de revisar nuestra forma de pensar y de mirar la realidad de las cosas; de cambiar el modo de juzgar al mundo y a las personas, y de juzgarlas únicamente a la luz de Dios.

En el fondo, es el camino que estamos intentando recorrer en este Retiro, comprometiéndonos a ver el mundo y las realidades de la vida a la luz de la Palabra y del ejemplo y enseñanza de N. P. San Agustín.

2. La actualidad de la conversión

La segunda característica de la conversión cuaresmal que nos pide la Iglesia es su actualidad. No una conversión a algo del pasado, a una visión de la vida que ha quedado a nuestras espaldas, sino a lo que Dios realiza aquí y ahora, según las palabras de Pablo a los Corintios: «¡Mirad! ahora es el tiempo favorable; ahora el día de salvación!» (2 Co 6,2).

Es la fuerza del «aquí y ahora» la que nos permite entender la acción del Espíritu Santo, que está siempre en el presente.

Siempre que meditamos en la Escritura sobre los acontecimientos del pasado, la vida de los profetas, estamos meditando en realidad sobre todo lo que el Espíritu realiza aquí y ahora.

Vivir en plenitud el momento que estamos viviendo es una urgencia de la conversión cristiana: el cristiano no sueña con situaciones distintas, mejores o, quizá, más claras, menos confusas, más comprometedoras, sino que se esfuerza en vivir la situación presente con la gracia que le da el Espíritu Santo.

Naturalmente, es necesaria la conversión del corazón, la apertura de los ojos y de la fe para captar que precisamente en esta realidad, y no en otra, es donde tú, Señor, vienes a mí con la gracia de tu Espíritu.

3. La conversión discreta

Finalmente, la conversión cuaresmal, como nos indica el evangelio, es una conversión discreta, no clamorosa, no espectacular; no se alimenta de gestos heroicos, sino que se vive en el silencio y en la cotidianidad.

Las tres enseñanzas de Jesús sobre la limosna, sobre la oración y sobre el ayuno son una exhortación a la discreción en la cotidianidad.

Jesús quiere que la limosna, la oración y el ayuno se conviertan en actitudes populares vividas en la cotidianidad, en la santidad popular.